

menudo que algunos individuos la abandonan y abren una nueva cerca de la primera, hecho que ocurre tambien cuando el buho de las cavernas se introduce en la madriguera de la vizcacha para vivir en ella. Las vizcachas son muy aseadas y se alejan al momento cuando un intruso no respeta esta cualidad.

A esto se debe que el terreno aparezca completamente minado muchas veces en una extension de varios kilómetros cuadrados.

La familia permanece oculta en su madriguera todo el día: al ponerse el sol sale una vizcacha, y luego otra, y otra, y llegada la hora del crepúsculo, se ve ya un grupo numeroso á la entrada de las guaridas. Despues de asegurarse de que todo está tranquilo, la manada comienza á recorrer los alrededores de la guarida comun; las vizcachas retozan entre sí, y óyense sus gruñidos á cierta distancia. Restablécense por último el silencio, porque llega la hora de comer, y entonces devoran aquellos animales todo cuanto encuentran de yerbas, raíces y cortezas. Si hay campos en las inmediaciones, diríjense á ellos y los saquean, pero como animales muy prudentes, nunca olvidan velar por su seguridad. Uno ú otro se pone derecho para mirar al rededor; al mas leve ruido, toda la manada emprende la fuga gruñendo y se refugia en las guaridas. Su temor es tal, que hallándose en el fondo de ellas continúan sus chillidos: Gøering no oyó nunca á las vizcachas producir sonido alguno cuando huyen; pero cada vez que se acercaba á una madriguera, llamábanle la atencion los que emitian los animales refugiados en ella.

Por sus movimientos, parécense mucho las vizcachas á los conejos, aunque son mucho menos ágiles que estos. Distínguese por su carácter alegre y jugueton: en sus excursiones retozan de continuo, se persiguen entre sí y saltan una sobre otra, etc. A semejanza del chacal y del zorro de la América del sur, tienen la singular costumbre de acumular á la entrada de sus guaridas todo cuanto recogen: encuéntranse en aquellos montones, huesos, retoños, estiércol de vaca, y una porcion de objetos que no pueden serles de ninguna utilidad.

Cuando los gauchos han perdido alguna cosa, se dirigen á las vizcachas mas próximas, seguros de encontrar lo que les falta. Estos animales no guardan nada en el interior de sus madrigueras, ni aun el cadáver de sus semejantes. Es dudoso que almacenen provisiones y se alimenten de ellas durante la estación rigurosa; solo un antiguo naturalista hace mención del hecho.

La voz de las vizcachas es desagradable; consiste en una especie de ronquido ó gruñido que no podria definirse fácilmente.

Nada se sabe de positivo respecto á la reproducción: la hembra debe parir de dos á cuatro hijuelos, que son adultos al cabo de dos ó cuatro meses; pero Gøering no ha visto nunca hembras que tuvieran mas de un pequeño. La madre le conserva á su lado, le cuida con afectuosa ternura y le defiende valerosamente. El citado naturalista hirió una vez de un tiro á una hembra y su hijuelo; este cayó, pero la madre, que estaba herida mortalmente, quiso llevarse á su hijo al aproximarse Gøering, y comenzó á dar vueltas alrededor, como si la desesperase ver la inutilidad de sus esfuerzos. Cuando el cazador estuvo cerca, levantóse de manos el animal, dió un salto y se lanzó sobre su enemigo, chillando con tal furia, que Gøering se vió en la precision de rechazarle á culatazos. Al reconocer el animal que todo era inútil y que no podia salvar á su hijuelo, retiróse á su madriguera; pero lanzando al cazador miradas que expresaban á la vez el temor y la cólera.

La vizcacha tiene enemigos naturales: el condor se alimen-

ta de su carne; los perros salvajes y los zorros la cazan con empeño, y el oposum la persigue hasta en sus madrigueras. Es verdad que la vizcacha se defiende valerosamente contra sus enemigos fuertes; disputa con los perros, lucha con el oposum y hasta muere al hombre en los piés; pero, ¿qué puede hacer la pobrecilla contra tamaños adversarios? A pesar de los destrozos que ocasionan estos animales, su número no disminuiría si no les alejase cada vez la extension progresiva del cultivo, pues cuando el hombre toma posesion de un terreno, conviértese en el mas temible enemigo de estos roedores.

CAZA.—Persíguese la vizcacha menos para adquirir su piel y su carne, que para impedirle que mine demasiado el terreno. En efecto, es peligroso pasar á caballo por los sitios donde hay muchos de estos animales, porque los piés del cuadrúpedo se hundan en las numerosas galerías que se hallan casi á flor de tierra, y puede desbocarse, si no se cae ó se rompe una pierna.

Como las vizcachas acostumbran á estar donde se cria una especie de melon silvestre y amargo, que les sirve de alimento, al ver los indígenas esta fruta, coligen que debe encontrarse cerca alguno de aquellos roedores. La planta indica, por lo tanto, que el sitio es peligroso y que se debe pasar por otra parte. Los gauchos, á quienes no gusta verse detenidos en su carrera, aborrecen por consiguiente á las vizcachas, y se valen de todos los medios para alejarlas. Queman la yerba cerca de sus madrigueras, ó bien las inundan completamente para obligar á los animales á salir, en cuyo caso son cogidos por los perros, adiestrados para esta cacería.

Gøering asistió á una de este género: abrióse una zanja, que partiendo de la orilla de un canal, llegaba hasta las vizcachas, y por ella se hizo penetrar el agua. Trascurrieron varias horas antes que la guarida estuviese llena, y no se oyeron al principio mas que los acostumbrados gruñidos de estos animales; hasta que por fin les obligó el agua á salir. Aparecieron entonces á la entrada de su madriguera; pero al ver á los cazadores y los perros, volvieron á meterse dentro gruñendo. Poco despues, y como quiera que el agua subia siempre y aumentaba el peligro, viéronse obligadas las vizcachas á emprender la fuga. Lanzáronse al instante los perros en su persecucion, y verificóse una cacería curiosa, en la que acabaron por sucumbir todos los roedores, uno tras otro, á pesar de su defensa desesperada. Gøering ha visto á varios individuos arrastrar á la madriguera los cadáveres de sus semejantes: cierto día mató uno de un tiro, á corta distancia, mas antes de que llegase, había desaparecido el cuerpo en las galerías de la guarida subterránea.

Tambien se matan vizcachas al acecho y se cogen con lazos, colocados á la entrada de sus agujeros.

Los indios abrigan la creencia de que una vizcacha encerrada en su guarida no puede salir si sus compañeras no van á libertarla; y por eso tienen la costumbre de tapar todas las salidas cuando descubren una vizcachera y se proponen coger los individuos que en ella puede haber. A fin de impedir que las vizcachas reciban auxilio, dejan un perro atado junto á la guarida, mientras van á buscar lazos, redes y hurones. Esto se explica muy fácilmente; pues las vizcachas, viendo el perro delante de su madriguera, se guardan bien de salir y de este modo el indio logra su fin. Las otras vizcachas no tienen nada que ver con eso.

CAUTIVIDAD.—Las vizcachas se domestican muy pronto cuando se cogen pequeñas, y se pueden conservar sin dificultad.

USOS Y PRODUCTOS.—Los indios comen la carne de la vizcacha y utilizan su piel, aunque vale mucho menos que la de las especies antes descritas.

LOS LEPÓRIDOS — LEPORES

En el último término del órden de los roedores figuran los lepóridos, ó las liebres.

CARACTERES.—Son los únicos roedores que tienen mas de dos incisivos en la mandíbula superior; detrás de los primeros existen otros dos, pequeños y romos, casi cuadrangulares, por cuya razon la dentadura ofrece un aspecto particular. Los molares aparecen en número de diez ó doce en cada mandíbula, y cada cual está formado por dos hojas (fig. 93).

El esqueleto presenta diversas particularidades: sin entrar en detalles, diré que la columna vertebral se compone de doce vértebras dorsales, nueve lumbares, dos á cuatro sacras y doce á veinte coxigeas.

Los lepóridos ofrecen además los siguientes caracteres generales: cuerpo prolongado; piernas posteriores largas; cráneo comprimido; ojos y orejas grandes; cinco dedos en las extremidades torácicas y cuatro en las abdominales; labios gruesos, muy movibles y en extremo hendidos; mostacho fuerte y pelaje espeso, casi lanoso.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Aunque esta familia sea pobre en especies, no por eso está menos esparcida en una gran extension de la superficie de la tierra. Se encuentran lepóridos en todas las partes del mundo, exceptuando solo la Nueva Holanda y las islas próximas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habitan en todos los climas: se les ve en la llanura y la montaña, en campo raso, ó entre las rocas; y viven al aire libre ó se ocultan en el fondo de las madrigueras. Donde falta una especie aparece otra, de tal modo que el área de dispersion de esta, casi se confunde con la de aquella.

Todos los lepóridos se alimentan de las partes blandas y sabrosas de las plantas, y por lo regular de hojas, aunque tambien comen las raíces y los frutos.

La mayor parte son sociables hasta cierto punto, y se encariñan con la localidad que adoptaron: pasan el día ocultos en alguna hondonada ó en una madriguera, y salen de noche para buscar su alimento. No se puede decir, sin embargo, que sean verdaderamente nocturnos, pues no descansan durante el día sino en los lugares donde se les puede inquietar; en los parajes en que se creen seguros, corren por la mañana y tambien por la tarde, mucho antes que el sol se haya ocultado en el horizonte.

Sus movimientos son particulares: solo en la carrera se reconoce la gran ligereza de los lepóridos: cuando andan despacio, avanzan con una pesadez increíble, pues sus largas patas posteriores entorpecen la marcha; pero al correr se vuelven con destreza suma, dando prueba de una extraordinaria agilidad. Todos los lepóridos andan siempre sobre la tierra, porque no pueden trepar; evitan el agua, y solo en caso de necesidad absoluta, atraviesan á nado los rios.

El oído es su sentido mas perfecto; alcanza un grado de desarrollo superior al de los demás roedores; el olfato es defectuoso, aunque no malo; la vista mediana, y las facultades intelectuales bastante limitadas ú obtusas. En general no suele trazarse una descripcion exacta de las liebres, ni se las presenta bajo su verdadero aspecto.

Dícese que son mansas, pacíficas é inofensivas; pero manifiestan á veces cualidades contrarias; hábiles y concienzudos observadores hay, que léjos de reconocer su dulzura, aseguran, por el contrario, que son malignas en extremo. Su temor, prudencia y timidez han sido conocidos en todo tiempo; mas no tanto la astucia que despliegan en ciertas ocasiones los

individuos viejos; y en cuanto á su cobardía, no llega al punto que se supone. Tacharlas de este defecto, segun lo ha hecho Linneo al calificar de *timida* á la especie comun (*Lepus timidus*), no es conocerlas bien. Un autor inglés ha observado, y con razon, que la huida de un lepórido no indica mas cobardía que la del leopardo, el tigre ó el leon, los cuales se retiran ante los treinta perros que constituyen la jauría con que se caza la liebre.

La voz de algunos lepóridos consiste en un gruñido sordo; pero rara vez se deja oír, y va comunmente acompañado del ruido que hacen al golpear el suelo con una de sus patas posteriores, señal que indica á la vez el temor y la cólera. Cuando se espantan, emiten un chillido penetrante y lastimero; y hay algunas especies que silban.

La fecundidad de los lepóridos es de bastante consideracion, aunque no tan grande como la de otros roedores: en los lugares donde viven cómodamente y no se les persigue demasiado, es una verdad aquel adagio que dice: «En la primavera se va la liebre al campo y en el otoño vuelven cuatro.» La mayor parte de las hembras tienen varios partos al año, y dan á luz de tres á seis hijuelos cada vez, número que en ciertos casos puede llegar á once; pero casi todas las madres se cuidan tan poco de su progenie, que mueren muchos de sus hijuelos.

Prescindiendo de esto, los lepóridos tienen muchos enemigos por todas partes; y por esto se comprenderá que su multiplicacion sea limitada, lo cual no deja de ser una fortuna, pues de lo contrario devorarían todas nuestras cosechas. Allí donde su número es considerable se convierten en una verdadera plaga: entre nosotros no abundan con exceso, y los daños que causan están compensados por la utilidad que producen, no solo como alimento, sino tambien para ciertas industrias.

Wildungen ha enumerado en los versos siguientes los distintos enemigos de la liebre:

Hombres, perros, lobos, linceas,
forman confuso tropel;
la marta, el gato y el zorro
únense á aquellos tambien;
y el gavilan y la urraca
todos con saña cruel,
á la pobre liebre acechan
procurándola coger.

No es extraño, pues, que con tantos enemigos, las liebres no puedan multiplicarse tanto como podrian, y esto es una suerte para nosotros, pues de lo contrario destruirían los frutos del campo. En todos los lugares donde abundan mucho se convierten en verdadera plaga.

LAS LIEBRES—LEPUS

CARACTERES.—Los rasgos característicos de las liebres consisten en las orejas tan largas como la cabeza, en el pulgar de las patas delanteras que es muy corto, en las piernas traseras que son muy largas, en la cola corta que siempre llevan levantada y en la mandíbula superior, en la cual hay seis molares.

LA LIEBRE COMUN—LEPUS VULGARIS

CARACTERES.—La liebre comun ó campestre (*Lepus europæus*, *campicola*, *caspius*, *aquilonius*, *medius*, falsamente llamada tambien *Lepus timidus*) es uno de los mas fuertes roedores; tiene 0^m,75 de longitud total, de los que solo 0^m,08 corresponden á la cola; 0^m,30 de altura, y peso de 6 á 9 kilogramos. Tal es en nuestro país el representante de este géne-

ro. El color de su piel es difícil de describir en pocas palabras.

El pelo consta de un corto vello lanoso y de largas cerdas. El vello es muy espeso y muy ensortijado, las cerdas son fuertes, largas y también un poco ensortijadas. El vello es en la parte inferior del cuello de un color blanco limpio, á los lados blanco, en la parte superior blanco con puntas pardo oscuras; en la parte superior del cuello rojo oscuro; en la punta de la nuca blanco; las cerdas del lomo son de color gris en la raíz, en la punta pardo oscuro con anillos color de herrumbre; sin embargo, se hallan entre estas cerdas también

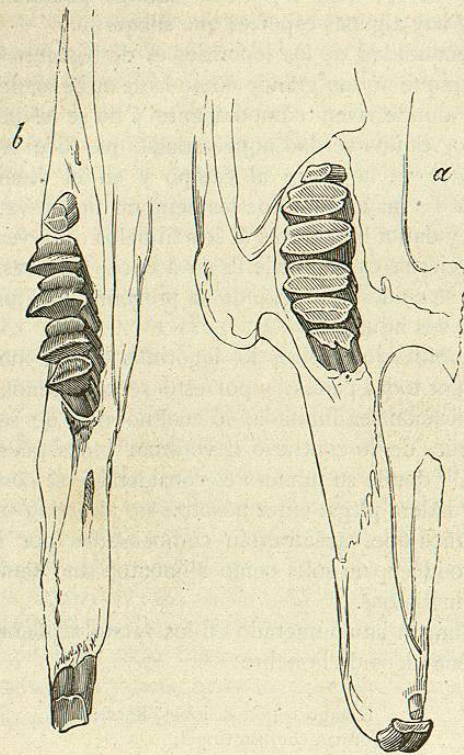


Fig. 93.—MANDÍBULAS DEL CONEJO VISTAS POR LA SUPERFICIE DE FROTAMIENTO (1)

pelos completamente negros. Por esto la piel recibe un color igual al de la tierra. En la parte superior es pardo amarillento con manchas negras, en el cuello amarillo pardusco con reflejo blanquizo, hacia atrás gris blanco y en la parte inferior blanco. Pero el colorido cambia regularmente en invierno, y la hembra tiene un color más rojizo que el macho. Se presentan muchas variedades de liebres, como amarillas, manchadas, blancas; en fin, la coloración puede ser muy variada, pero siempre tal, que cuando la liebre descansa, se confunden perfectamente sus colores con los del suelo, poniéndose así el animal al abrigo de las miradas de sus enemigos. Hasta corta distancia se parece tanto al conjunto del colorido del lugar, que no es posible distinguir su piel de la tierra.

Los lebratos se distinguen á menudo por medio de la llamada estrella, la cual es una manchita blanca en la frente; en casos muy raros conservan esta mancha hasta una edad más avanzada.

La liebre lleva muchos nombres, según el género y el lugar donde se presenta. La distinguen en liebres montesas y campestres, de bosque, subterráneas, de pantanos, de arena, etcétera.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La patria de la liebre es toda la Europa central y una pequeña parte del Asia

(1) a, mandíbula superior; b, mandíbula inferior. (F. Cuvier.)

occidental. En el sur está representada por la liebre del Mediterráneo, especie más pequeña y de pelaje más rojizo; en las altas montañas, por la *liebre variable*; y en los países septentrionales por la *liebre de las nieves*, especie muy semejante, aunque probablemente distinta de la de los Alpes. Su límite norte es la Escocia, la Suecia meridional y el norte de Rusia; su límite sur, Francia y el norte de Italia.

No sabemos aun si la liebre de la China, de la Bukaria y de las estepas de los kirguises es la misma que la nuestra.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Las fértiles campiñas inmediatas á los bosques, y las primeras vertientes de las montañas, cubiertas de espesura, son los parajes que la liebre prefiere. En los Alpes llega á una altitud de 1,600 metros sobre el nivel del mar, y en el Cáucaso hasta los 2,000.

La liebre, que inútilmente se ha tratado de aclimatar en el norte, prefiere los países templados á los fríos y elige los sitios cubiertos y resguardados del viento. Los machos viejos no se apuran tanto como los jóvenes y las hembras para elegir el sitio en que se proponen habitar; albergan en las breñas, en los cañaverales y en los montones de leña.

De todos los autores, Dietrich de Winckell es el que mejor ha descrito las costumbres de la liebre; y creo por lo tanto que lo mejor será citar aquí textualmente sus palabras.

«Por lo común, dice, la liebre es un animal más bien nocturno que diurno, aun cuando en los mejores días del verano se la vea recorrer los campos por mañana y tarde. No abandona por su gusto el lugar donde se crió y ha crecido; si no encuentra otra liebre con la cual pueda aparearse, y si le falta de comer, aléjase del sitio, pero vuelve en otoño después del apareamiento. Cuando se la deja en paz donde habita, permanece allí; y en el caso de ser perseguida, huye para siempre. La liebre que vive en los campos no los abandona hasta que empieza á llover; y si queda descubierto el sitio donde se albergaba, trasládase á otro, á un campo de nabos, de trigo ó de trébol, etc., en el cual permanece y engorda, porque encuentra abundante el alimento. Le gustan mucho las coles, y parece especialmente aficionada al perejil. En el otoño se traslada á las tierras de barbecho y á las hondonadas de juncos, pero mientras la nieve no llegue á cubrir los campos, ó sea poco abundante, no cambia el animal de domicilio. Por la noche penetra en los jardines para comerse las coles; si nieva mucho, se deja enterrar en su cama, mas apenas vuelve el buen tiempo, aparece en los campos de trébol. Cuando se cubre la tierra de una capa de hielo y le va faltando cada vez más su alimento acostumbrado, puede ocasionar grandes perjuicios en los jardines y en los planteles: roe la corteza de los arbolillos, particularmente de las acacias; se come las ciruelas y las coles rojas, y al derretirse la nieve, devora las yerbas verdes de toda especie. Apenas apuntan los trigos de invierno, aliméntase de ellos; mas tarde causa destrozos de otra clase en las sementeras, cuando hace su cama; se oculta á menudo durante el día, y sale por la tarde para visitar los campos de nabos y de coles recién plantadas.»

«La liebre que habita los bosques no se dirige á los campos sino por la tarde y al rayar el alba, y poco después de salir el sol vuelve á su retiro. Según hemos dicho antes, en el verano suele permanecer algunas veces todo el día en los matorrales; y cuando llueve recorre los eriales y las tierras de barbecho. En el otoño, al caer la hoja, abandona el bosque; llegado el invierno se retira á la más enmarañada espesura; y apenas comienza el deshielo, vuelve á los lugares más descubiertos.»

«La verdadera liebre de los bosques se deja ver en los linderos durante la buena estación, y si no encuentra bastan-

te alimento va por la tarde á los campos. La caída de la hoja no le hace abandonar el bosque, pues en el invierno penetra en él cada vez más.

«La liebre que habita las montañas se contenta con las yerbas aromáticas que encuentra cerca de su cama; solo penetra en los campos por capricho, y cuando estos se hallan muy cerca del sitio donde vive.»

«A no ser durante la época del celo, en la que todas las liebres están sumamente excitadas, estos animales pasan todo el día durmiendo.»

«Nunca se dirige una liebre directamente al sitio donde quiere encaminarse; va un poco más lejos, vuelve, repite de nuevo la misma operación, brinca de lado, y llega por último al sitio donde se quiere detener, dando un gran salto.»



Fig. 94.—LA LIEBRE COMUN

apetito, y si la temperatura es buena, diríjese por la mañana, al salir el sol, á un sitio seco y arenoso, para retozar sola ó con sus semejantes. Entoces salta, corre dando vueltas, se revuelca y se aturde de tal modo con sus juegos, que á veces toma al zorro por una de sus compañeras, error que le cuesta muy pronto la vida. La liebre vieja no se deja sorprender así; y cuando es fuerte y tiene buena salud, escapa casi siempre de la persecución de su enemigo, procurando despistarle con sus SS y sus recortes. Cuando la persigue un lebral, trata de que otra liebre cruce por su camino, obligándola á dejar su cama para echarse en ella, ó bien se refugia entre un rebaño de carneros ó una espesura de cañas, si es que no atraviesa una corriente á nado. Nunca opondrá resistencia á otro animal; únicamente los celos pueden impulsarla á luchar con sus semejantes; y sucede á veces que la inminencia del peligro embarga de tal modo sus facultades, que olvida los medios de salvación y corre de un lado á otro, lanzando gritos lastimeros.»

A la liebre le inspira temor todo objeto que desconoce, y evita cuidadosamente los espantajos que se ponen en los campos para alejarla; pero las liebres viejas y expertas son á

»Para preparar su cama practica la liebre en el terreno un hoyo de 0",05 á 0",08 de profundidad, bastante largo y ancho; de modo que no se ve sino un poco del lomo del animal cuando está echado. En esta posición tiene las patas posteriores recogidas, apoya la cabeza en las anteriores é inclina las orejas sobre la espalda. Este es el único abrigo con que cuenta la liebre para resguardarse de la lluvia y del temporal: en invierno le profundiza lo bastante para que no se vea de su cuerpo más que un punto gris oscuro; en el verano vuelve la cabeza hacia el norte, pero cuando llega la estación de los fríos, ó llueve ó ventea, la dirige al sur.

»Creeríase que la naturaleza ha concedido á la liebre la ligereza, la astucia y la vigilancia para compensar su timidez innata. Si encuentra durante la noche con que satisfacer su

veces muy atrevidas y no temen ni aun á los perros; notándose que cuando los ven encerrados ó atados, penetran en los jardines con una osadía sin igual, llegando hasta el punto de ponerse á comer á la vista misma de sus más temibles enemigos. Lenz ha observado algunas veces que las liebres llegaban hasta debajo de sus ventanas, pasando tan cerca de los perros, que hubieran podido bañarlas con su baba.

La liebre tiene una organización que le permite correr rápidamente; sus patas traseras, más largas que las anteriores, son causa de que corra más subiendo que bajando: cuando no es perseguida, da pequeños saltos, pero huyendo, estos son más largos; tienen además la particularidad de sentarse delante de su cama como un perro. Si acosada por un perro, consigue tomarle alguna delantera, se pone de pie sobre sus patas posteriores, da algunos pasos en esta postura y vueltas en un espacio reducido.

Comunmente no chilla este animal sino en caso de riesgo; entonces produce un sonido semejante al lamento de un niño.

Compréndese desde luego, al ver las grandes orejas de la liebre, que el oído es el más desarrollado de sus sentidos; no